

El carácter de la revolución rusa

León Trotsky
22 de agosto de 1917

(Versión al castellano desde “Le caractère de la révolution russe”, en *L’année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 89-97. Publicado en *Proletarii*, número 8, 22 de agosto de 1917)

Los escribas y políticos liberales y S.R.-mencheviques se preocupan mucho del significado sociológico de la revolución rusa. ¿Es una revolución burguesa o cualquier otro tipo de revolución? A primera vista, esta teorización académica puede parecer un tanto enigmática. Los liberales no tienen nada que ganar revelando los intereses de clase que están tras “su” revolución. En cuanto a los “socialistas” pequeñoburgueses, éstos no utilizan en general el análisis teórico en su actividad política sino que prefieren invocar el “sentido común”, dicho de otra forma: la mediocridad y ausencia de principios. El hecho es que el juicio de Miliukov-Dan, inspirado por Plejánov, sobre el carácter burgués de la revolución rusa no contiene ni una onza de teoría. Ni Yedinstvo, ni Riecht, ni Dien, ni *Rabochaya Gazeta* se rompen la cabeza en precisar qué entienden por revolución burguesa. El objetivo de sus maniobras es puramente práctico: se trata de demostrar el “derecho” de la revolución burguesa a ejercer el poder. Incluso si los soviets representan a la mayoría de la población políticamente formada, incluso si en todas las elecciones democráticas, tanto en la ciudad como en el campo, han resultado ampliamente barridos los partidos capitalistas, “puesto que la revolución tiene un carácter burgués”, es necesario preservar los privilegios de la burguesía y concederle al gobierno un papel que no le corresponde por derecho de acuerdo con la configuración de los grupos políticos en el país. Si debemos actuar de acuerdo con los principios del parlamentarismo democrático, está claro que el poder pertenece a los social-revolucionarios, ya por separado ya aliados con los mencheviques. Pero, como “nuestra revolución es una revolución burguesa”, los principios de la democracia quedan suspendidos, y los representantes de la aplastante mayoría del pueblo reciben cinco puestos en el gobierno mientras que los representantes de una ínfima minoría obtienen diez veces más. ¡Al diablo con la democracia! ¡Viva la sociología de Plejánov!

“¿Se ha de suponer que querrían ustedes una revolución burguesa sin burguesía?” Pregunta finamente Plejánov llamando en su auxilio a Engels y a la dialéctica.

“¡Exacto!”, Interrumpe Miliukov. “Nosotros, los cadetes, estaríamos dispuestos a abandonar el poder que el pueblo, evidentemente, no quiere darnos. Pero no podemos zafarnos de la ciencia.” Se refiere al “marxismo” de Plejánov como autoridad.

Plejánov, Dan y Potresov explican que, puesto que nuestra revolución es una revolución burguesa, tenemos que formar una alianza política entre trabajadores y explotados. Y, a la luz de esta sociología, la payasada del apretón de manos entre Bublikov y Tseretelli se descubre en todo su significado histórico.

Solo hay un problema y es que ese mismo carácter burgués de la revolución, que ahora sirve para justificar la coalición entre los socialistas y los capitalistas, durante un buen número de años ha sido considerado por esos mismos mencheviques de forma que llevaba a conclusiones diametralmente opuestas.

Habitualmente decían que, puesto que en una revolución burguesa el gobierno en el poder no puede tener otra función que no sea la de salvaguardar la dominación de la burguesía, está claro que el socialismo no tiene nada que hacer en él, que su lugar no está en el gobierno sino en la oposición. Plejánov consideraba que los socialistas no podían *bajo ninguna condición* participar en un gobierno burgués y atacó violentamente a Kautsky, cuya firmeza aceptaba en este punto algunas excepciones. “Tempora

legesque mutantur”¹, decían los gentileshombres del antiguo régimen. Parece ser que éste es también el caso de las “leyes” de la sociología de Plejánov.

Poco importa la contradicción entre las opiniones de los mencheviques y de su líder Plejánov pues, cuando se comparan sus declaraciones de antes de la revolución y las de hoy en día, las dos formulaciones están dominadas por un único pensamiento: no se puede hacer una revolución burguesa “sin la burguesía”. A primera vista, esto puede parecer una evidencia. Pero solamente es una tontería.

La historia de la humanidad no comenzó con la conferencia de Moscú. Antes hubo revoluciones. A fines del siglo XVIII se produjo en Francia una revolución que se llamó, con justicia, la “Gran Revolución”. Era una revolución burguesa. En el curso de una de sus fases, el poder cayó en manos de los jacobinos que estaban apoyados por los “sans-culottes”, es decir por los trabajadores semiproletarios de las ciudades, y que interpusieron el nítido rectángulo de la guillotina entre ellos y los girondinos, el partido liberal de la burguesía, los cadetes de la época. Lo que le dio a la Revolución Francesa su importancia histórica, lo que hizo de ella la “Gran Revolución”, fue únicamente la dictadura de los jacobinos. Y, sin embargo, esta dictadura fue instaurada no solamente *sin* la burguesía sino, además, *contra* ella y a pesar de ella. Robespierre, que no tuvo la oportunidad de iniciarse en las ideas de Plejánov, derogó todas las leyes de la sociología y, en lugar de estrechar la mano de los girondinos, les cortó la cabeza. Sin lugar a dudas era cruel. Pero esta crueldad no le impidió a la Revolución Francesa devenir la “Gran” dentro de los límites de su carácter burgués. Marx, en nombre del que se comenten hoy en día tantas fechorías en nuestro país, ha dicho que “*Todo el terrorismo francés no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar las cuentas a los enemigos de la burguesía*”². Y como la burguesía tenía mucho miedo de esos métodos plebeyos para acabar con los enemigos del pueblo, los jacobinos no solamente privaron a la burguesía del poder sino que, además, le aplicaron una ley de hierro y sangre cada vez que realizaba alguna tentativa para detener o “moderar” el trabajo de los jacobinos. En consecuencia, está claro que los jacobinos llevaron a cabo una revolución burguesa sin la burguesía.

Engels escribió a propósito de la revolución inglesa de 1648: “Para que la burguesía se embolsase aunque sólo fueran los frutos del triunfo que estaban bien maduros, fue necesario llevar la revolución bastante más allá de su meta; exactamente como habría de ocurrir en Francia en 1793 y en Alemania en 1848. Parece ser ésta, en efecto, una de las leyes que presiden el desarrollo de la sociedad burguesa.”³ Puede verse que la ley de Engels se opone diametralmente a la construcción ingeniosa de Plejánov que los mencheviques han adoptado y extendido por todas partes como si fuera marxismo.

Se puede objetar perfectamente que los jacobinos pertenecían a la burguesía, a la pequeña burguesía. Es completamente cierto. Pero ¿no es éste también el caso de la pretendida “democracia revolucionaria” dirigida por los S.R. y mencheviques? Entre el partido cadete, que representa a los intereses de los propietarios más o menos grandes, y los social-revolucionarios no ha habido ningún partido intermedio en ninguna de las elecciones, ya sea en la ciudad o en el campo. De ahí se deduce, con matemática certeza, que la pequeña burguesía debe haber encontrado su representación política en las filas de los social-revolucionarios. Los mencheviques, cuya política no difiere ni un ápice de la de los S.R., reflejan los mismos intereses de clase. Ello no es contradictorio con el hecho que también estén apoyados por una fracción de los trabajadores más atrasados, más conservadores y privilegiados. ¿Por qué los S.R. han sido incapaces de

¹ El tiempo y las leyes cambian.

² C. Marx, “La burguesía y la contrarrevolución” (Segundo artículo), en *Obras Escogidas de Marx y Engels*, tres tomos, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, página 142.

³ F. Engels, “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en *Ibidem*, Tomo III, páginas 109-110.

asumir el poder? ¿En qué sentido y por qué el carácter “burgués” de la revolución rusa (si se supone que tal es el caso) obliga a los S.R. y mencheviques a reemplazar los métodos plebeyos de los jacobinos por el procedimiento tan elevado de un acuerdo con la burguesía contrarrevolucionaria? Evidentemente hay que buscar los motivos no en el carácter “burgués” de nuestra revolución sino en el carácter lamentable de nuestra democracia pequeñoburguesa. En lugar de utilizar el poder que tiene en las manos como órgano para la realización de las exigencias esenciales de la historia, nuestra democracia fraudulenta ha devuelto respetuosamente todo el poder real a la camarilla contrarrevolucionaria y militarimperialista, y Tseretelli, en la conferencia de Moscú, ha podido vanagloriarse de que los soviets no habían abandonado el poder a la fuerza, tras una derrota en una valerosa lucha, sino que lo habían hecho de buen grado, como prueba de autoeliminación política. Con la dulzura del ternero que tiende el cuello al cuchillo del carnicero no pueden conquistarse nuevos mundos.

La diferencia entre los terroristas de la Convención y los capituladores de Moscú es la diferencia entre tigres y terneros: una diferencia de coraje. Pero esta diferencia no es fundamental. No hace más que ocultar una diferencia decisiva en el personal de la misma democracia. Los jacobinos tenían su base en las clases de los pequeños poseedores o no poseedores, incluyendo al embrión de proletariado que entonces ya existía. En nuestro caso, el proletariado industrial se ha ido de la democracia imprecisa para ocupar en la historia una posición en la que ejerce una influencia de primera magnitud. La democracia pequeñoburguesa perdía sus cualidades revolucionarias más preciosas a medida que esas cualidades se desarrollaban en el proletariado que se deshacía de la tutela pequeñoburguesa. Este fenómeno a su vez se debió al grado incomparablemente más elevado del desarrollo capitalista en Rusia en relación con la Francia de fines del siglo XVIII. El poder revolucionario del proletariado ruso, que no puede medirse en absoluto según su importancia numérica, se basa en su inmenso poder productivo, que se presenta más claramente que nunca en tiempos de guerra. La amenaza de una huelga de ferrocarriles nos recuerda de nuevo, hoy en día, cómo todo el país depende del trabajo concentrado del proletariado. Al principio de la revolución, el partido pequeñoburgués campesino estaba sometido al fuego cruzado de los potentes grupos formados por las clases imperialistas, por una parte, y del proletariado revolucionario e internacionalista por la otra parte. En su lucha para ejercer una influencia propia sobre los trabajadores, la pequeña burguesía no ha dejado de vanagloriarse de su “talento para gestionar el estado”, de su “patriotismo”, y así ha caído en una servil dependencia en relación con los grupos capitalistas contrarrevolucionarios. Al mismo tiempo, ha perdido toda posibilidad de liquidar aunque solo fuese la antigua barbarie que impregnaba a los sectores de la población que todavía la seguían. La lucha de los S.R. y mencheviques para influenciar al proletariado cedía el lugar, cada vez más, a una lucha del partido proletario para obtener la dirección de las masas semiproletarias de las ciudades y aldeas. Como de “buen grado” han transmitido su poder a las camarillas burguesas, los S.R. y mencheviques se han visto obligados a transmitir integralmente la misión revolucionaria al partido del proletariado. Ello ya es suficiente para mostrar que la tentativa de zanjar las cuestiones tácticas fundamentales mediante una simple referencia al carácter “burgués” de nuestra revolución solamente puede llevar la confusión a las mentes de los trabajadores atrasados y engañar a los campesinos.

Durante la revolución de 1848 en Francia, el proletariado ya realizó heroicos esfuerzos para actuar de forma autónoma. Pero ni tenía todavía teoría revolucionaria clara ni organización de clase reconocida. Su importancia en la producción era infinitamente menor que la función económica actual del proletariado ruso. Además, debajo de 1848 había otra gran revolución que había resuelto, a su manera, la cuestión agraria y de ello resultó un claro aislamiento del proletariado, sobre todo del de París

en relación con las masas campesinas. Nuestra situación al respecto es infinitamente más favorable. Las hipotecas sobre la tierra, las obligaciones vejatorias de toda suerte y la rapaz explotación de la Iglesia, se le imponen a la revolución como problemas ineludibles que exigen medidas valerosas y sin compromiso. El “aislamiento” de nuestro partido en relación con los S.R. y menchevique no significaría en absoluto un aislamiento del proletariado en relación con las masas oprimidas de las ciudades y el campo. Por el contrario, una resuelta oposición política del proletariado revolucionaria a la pérfida defección de los actuales líderes del soviét no puede más que entrañar una sana diferenciación entre los millones de campesinos, arrancar a los campesinos pobres de la influencia traidora de los pujantes mujiks social-revolucionarios, y convertir al proletariado socialista en el verdadero líder de la revolución popular, “plebeya”.

Por fin, una simple referencia vacía de sentido al carácter burgués de la revolución rusa no nos dice nada sobre el carácter *internacional* de su *entorno*. Y éste es un factor de primera magnitud. La gran revolución jacobina se vio enfrentada a una Europa atrasada, feudal y monárquica. El régimen jacobino cayó, dejando libre el lugar al régimen bonapartista, bajo el peso del esfuerzo sobrehumano que tuvo que realizar para subsistir contra las fuerzas unidas de la Edad Media. La revolución rusa, por el contrario, se encuentra ante una Europa que le lleva mucha ventaja y que ha alcanzado un grado más elevado de desarrollo capitalista. La masacre actual muestra que Europa ha llegado al punto de saturación capitalista, que ya no puede continuar viviendo y creciendo sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción. Ese caos de sangre y ruinas es la furiosa insurrección de las fuerzas mudas y sombrías de la producción, es la revuelta del hierro y del acero contra la dominación del beneficio, contra la esclavitud asalariada, contra el miserable callejón sin salida de nuestras relaciones humanas. El capitalismo, atrapado en el incendio de una guerra que ha desatado él mismo, grita a la humanidad por boca de sus cañones: “¡Sal victorioso o te sepultaré bajo mis ruinas cuando caiga!”

Toda la evolución pasada, los millares de años de historia de la humanidad, de lucha de clases, de acumulación cultural, se concentran ahora en el único problema de la revolución proletaria. No hay otra respuesta ni otra salida. Y eso es lo que le confiere a la revolución rusa su formidable fuerza. No es una revolución “nacional”, burguesa. Quien la conciba así queda rezagado en el reino de las alucinaciones de los siglos XVIII y XIX. La suerte futura de la revolución rusa depende directamente del curso y resultado de la guerra, es decir de la evolución de las contradicciones de clases en Europa a las que esta guerra imperialista les confiere una catastrófica naturaleza.

Los Kerensky y los Kornilov han comenzado demasiado pronto a hablar el lenguaje de dictadores rivales. Los Kaledin han mostrado sus dientes demasiado pronto. El renegado Tseretelli ha cogido demasiado pronto el despreciable dedo que le tendía la contrarrevolución. Hasta el presente, la revolución sólo ha dicho su primera palabra. Todavía tiene formidables reservas en Europa occidental. En lugar del apretón de manos de los jefes de banda de gánsteres reaccionarios y de los inútiles de la pequeña burguesía, vendrá el gran abrazo del proletariado ruso y del proletariado de Europa.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es